

Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
Revista de Historia Social
y de las Mentalidades
Volumen 21, N° 2, 2017: 191-197
Issn: 0717-5248
Issn On Line: 0719-4749

Andrew Barnard.
El Partido Comunista de Chile, 1922-1947.
Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2017, 285 págs.

En 1977, Andrew Barnard terminaba su investigación doctoral sobre el Partido Comunista de Chile. El autor fue parte de la no menos importante camada de cientistas sociales angloparlantes que han venido a nutrir el desarrollo disciplinar desde las décadas de 1960, entre los que destacan Paul Drake, Peter Winn, Heidi Tinsman, Brian Loveman y Elizabeth Hutshinson, por nombrar los más reconocidos en el campo historiográfico. Sin embargo, a diferencia del trabajo de estos investigadores, lo realizado por Barnard no había sido traducido y, por ende, publicado en nuestro país. Salvo un artículo¹, su análisis no ha circulado en el campo historiográfico chileno

hasta hoy día. A pesar de esto, cabría preguntarse si, tras 40 años y el desarrollo de un vasto campo de investigaciones sobre el comunismo chileno, vale la pena su circulación en la historiografía chilena.

Lo primero que debe decirse, es que el texto de Barnard se sitúa en un debate con el clásico trabajo de Hernán Ramírez Necochea sobre los *Orígenes del Partido Comunista de Chile*. El historiador marxista chileno, si bien reconoció al periodo anterior a 1922 como la “prehistoria” de la organización, situaba en el cambio de nombre de POS a PCCh (y todo lo que ello implicaba ideológica, política y orgánicamente) como el punto de inflexión que configuró la trayectoria del comunismo en Chile hasta la década de 1960. Esta es una de las principales hipótesis que discute el texto de Barnard en su primer capítulo sobre el periodo previo a 1922. Según él, el paso de POS a PCCh tuvo pocas resistencias en la colectividad -a diferencia de lo argu-

1 Andrew Barnard, “El Partido Comunista y las políticas del tercer periodo, 1931-1934”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez, 1912-2012. *El siglo de los comunistas chilenos*, Santiago, IDEA Universidad de Santiago de Chile, 2012.

mentado por Ramírez Necochea-, esta carencia de rupturas, oposiciones y críticas a dicha resolución, daba cuenta de la continuidad en las prácticas políticas de los por entonces militantes fundadores del comunismo chileno. De allí que concluya que “en varios aspectos, su carácter general estaba establecido antes de 1922” (p. 251).

Tras esa reflexión, el autor aborda en el capítulo 2 del libro el desarrollo del PCCh en los convulsionados años 1922-1927. En los denominados “Años iniciales del PCCh”, se adentra -aunque sin denominarlo bajo este término-, en lo que recientemente se ha debatido como la “bolchevización” del comunismo chileno. Es quizás en este apartado donde el trabajo fue más señero, al afirmar que aun cuando el PCCh intentó asumir diversos cambios sugeridos por la Comintern, más allá de la retórica revolucionaria, continuó sus prácticas reformistas. Si bien esto no sería una gran diferencia en torno a lo que se ha planteado en las últimas investigaciones sobre el comunismo chileno, la explicación sostiene que la organización “no contaba con estructuras ni prácticas apropiadas para convertirse en Partido revolucionaria con acciones decisivas” (p. 50), de allí que remate afirmando algo que aún es bastante polémico “hasta 1926, momento en que adoptó el esquema celular y el centralismo democrático como normas organizacionales, permaneció como una asociación informal de secciones” (p. 50). En tal sentido cabría

preguntarse ¿cuándo el PCCh se configuró en un Partido propiamente tal, con funcionamiento nacional y con un permanente desarrollo orgánico? Esta idea es quizás la pregunta más importante del texto y que le va dando forma al desarrollo de los demás capítulos.

Como detalla en el capítulo tres sobre el periodo de “Clandestinidad y las políticas del tercer periodo, 1927 y 1934”, si bien en 1926 el PCCh tomó diversas decisiones para mejorar su desarrollo orgánico y político (las llamadas 21 medidas de la Comintern), la represión ibañista impidió que ellas se implementaran, proyectando por algunos años más sus deficiencias y agudizando las tensiones que se habían desarrollado en la organización. Pero serían estas mismas decisiones, sumadas a su influencia en el movimiento obrero, las diferencias y disputas de poder internas, además de sus primeros vínculos más formales con el Buró Sudamericano. Todo ello atenazado, en el corto plazo, por la experiencia represiva, que en el largo plazo era expresión de su creciente involucramiento en la política nacional. Aquí ya se visualiza la otra gran tesis de Barnard, a saber, que la transformación del PCCh fue un proceso de largo plazo, que implicó un complejo diálogo entre la realidad nacional de la colectividad con sus vínculos internacionales, siendo generalmente más importante lo primero que lo segundo. Por ello, lo que se ha denominado como la bolchevización, en un primer momento dotó

al PCCh de identidad y enmarcó sus luchas en un contexto mundial (1917-1926), y solo en un segundo periodo influyó en sus dimensiones más políticas y orgánicas (1927-1947).

En esta perspectiva Barnard evalúa la política del *tercer periodo*. Si por un lado, en el corto plazo, el PCCh se sumergió en una deprimente situación a la salida del régimen de Ibáñez, materializado en una división, dispersión orgánica, débil influencia social y aislamiento político, que obstaculizó por algunos su reposicionamiento en la vida nacional. En el largo plazo, como sostiene, “la persecución y el conflicto ideológico que dichas políticas promovieron, tuvieron algún aspecto positivo al materializarse fuertes vínculos de lealtad entre sus miembros, en especial entre un grupo de dirigentes y activistas que no pudieron concebir otra vida que no fuera la ofrecida por el Partido. Se trató de un liderazgo que fue particularmente leal a la Comintern y que, con la ayuda del BSA, estableció exitosamente su control sobre la organización, el cual no sería desafiado por largas décadas” (p. 108-109).

Fue la consagración de dicha columna vertebral, más homogénea y basada en relaciones de lealtad la que sería el pilar para el desarrollo PCCh tanto en el despliegue de la “Estrategia del Frente Popular, 1935-1938” y durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, cuestiones que indaga en los capítulos 4 y 5. Para Barnard, es

durante este periodo en que el PCCh se configura como partido político en todas sus dimensiones, pero además pasa de ser una organización marginal del país, a una de las principales corrientes de la política nacional. Y es en este punto donde, según el autor, la llegada de la delegación de la Comintern encabezada por Eudocio Ravines jugó un papel clave. En efecto, estos vinieron a promover una política de Frentes Populares, que coincidió con un lento proceso de convergencia opositora al gobierno de Arturo Alessandri. La concreción y mantención de la alianza no fue fácil para los comunistas, quienes tuvieron que ceder y promover la candidatura presidencial del conservador radical, Pedro Aguirre Cerda, además de morigerar su programa político y su promoción de la actividad huelguística entre los obreros. Ahora bien, con la nueva política, el PCCh intentó diversificar su inserción social hacia otros espacios sociales (las mujeres, los perseguidos políticos, los intelectuales y los exiliados de la guerra civil española). Por ello, Barnard concluye que, para el PCCh, su “creciente fuerza después de 1935, tuvo más que ver con la popularidad de su nueva línea política que con los esfuerzos por corregir sus falencias en esta área [organizacionales]” (p. 140).

Otro punto polémico que aborda el autor es la participación del PCCh en el gobierno de Pedro Aguirre. A contrapelo del oportunismo con que se tachó la (auto-)exclusión del Partido

del gabinete frentepopulista, Barnard se inclina en explicarlo en la baja expectativa que tenían los comunistas de llegar al gobierno, dado el reconocido carácter conservador del Presidente, y su prioridad por mantener la frágil coalición con el PR y el PS. A su vez, sobre el otro tema controversial del periodo, el sometimiento del PCCh a la política soviética, afirma que aun cuando algunos hechos mostraron el “seguidismo” de los comunistas chilenos -cuestión que los puso bajo críticas, por ejemplo, con el pacto Nazi-Soviético-, no impactó sustantivamente en la política de la colectividad. Esto porque en general, según Barnard, para fortuna de los comunistas tanto los factores nacionales como internacionales “tendieron a apuntar, más o menos al mismo tiempo en una dirección similar, razón por la cual el Partido no sufrió de ningún conflicto interno relevante” (p. 148). Por eso, tras los poco más de mil días del gobierno de Aguirre Cerda, el PCCh extendió exponencialmente su influencia social y política, dado que el apoyo crítico hacia el gobierno le permitió cosechar los frutos del primer año y luego no ser el principal blanco de críticas al desgastarse el gabinete. De tal forma, en comparación con sus aliados PR y PS, los comunistas cosecharon más beneficios que cargas bajo el primer gobierno radical.

A su vez, durante el gobierno de Juan Antonio Ríos, abordado en el sexto capítulo del libro, Barnard de-

muestra que, a pesar de los cambios en los contextos mundiales y nacionales, el PCCh mantuvo una política flexible que le permitió sortear una serie de obstáculos. De una parte, el giro político hacia la “Unidad Nacional” promovida por la URSS, le ayudó a mantener puentes con los sectores “burgueses” que apoyaron a Ríos (incluyendo al derechista Partido Liberal); y por otro, la mantención de una política más amplia (e incluso ambigua) le permitió seguir teniendo beneficios, al volverse un actor político serio al cual tuvo que recurrir el distante Presidente Ríos. Pero la aplicación de estas políticas, como evidencia el autor, no se dio sin reflexividad interna de los comunistas, como han sostenido algunos. Al contrario, mientras se aplicaron estas políticas, al interior del PCCh se generaron posiciones críticas sobre el Frente Popular y su incapacidad de implementar el programa que habían levantado, lo que se tradujo en un posicionamiento más duro en 1940. Esto también se reflejó en la erosión del liderazgo de Carlos Contreras Labarca, quien sería desplazado por Ricardo Fonseca como Secretario General del Partido. Otro indicador de la acción propia de los comunistas, habría sido que incluso cuando apoyó los gobiernos de Aguirre Cerda y Ríos, el PCCh no operó para desactivar al movimiento obrero, pues si bien promovió una acción dentro de la legalidad, no intervino para dearticular huelgas. Por ello, aunque el Partido sufrió un

deterioro al finalizar el mandato de Ríos, salió airoso al ser comparado con sus aliados: “mientras el PS y, en menor medida el PR, se consumieron en luchas fraccionales, el PC fortaleció su organización y comenzó a adquirir la sustancia y la forma de partido monolítico del ideal bolchevique” (p. 215). De esta manera, si el gobierno de Aguirre sirvió para expandir su influencia social y política, el de Ríos contribuyó a que el PCCh se desarrollara orgánicamente sin tener que enfrentar mayores contratiempos.

Con un Partido posicionado en el centro de la política nacional, una influencia social asentada y más fuerte que otras colectividades, hacia 1945 el PCCh adquirió un nuevo ánimo para impulsar el cambio social. En su XIII Congreso, en diciembre de ese año, intentando limitar el bloqueo regional a la URSS en la naciente Guerra Fría y tras los frustrados programas que sustentaron las Presidentes anteriores, los comunistas hicieron una autocrítica de su política implementada y resolvieron que en un futuro gobierno, impulsarían reformas más sustantivas y que para garantizarlo participarían en los gabinetes. Por ello, en el marco de las nuevas elecciones y con un Gabriel González Videla necesitado de alianzas, derivó en que a diferencias de los mandatos anteriores, los comunistas ocuparan importantes ministerios. A pesar de las buenas relaciones iniciales, la disposición comunista a impulsar transfor-

maciones en un contexto de agitación social (primero en el campo y luego en las minas del carbón), terminara rompiendo prontamente su participación en el gabinete. Ello se agudizó cuando el PCCh sacó los mejores resultados de su historia hasta ese momento en las municipales de 1947, duplicando su caudal de 1944, lo que se sumó al asedio del PR, los partidos, la prensa derechista y EEUU, además de un sector de los socialistas, por excluirlos del gobierno. Coincidiendo con investigaciones recientes, para Barnard, la promulgación de la Ley de Defensa de la Democracia en 1948 respondió a ese ascenso de la influencia comunista. Con todo y a pesar de no ser capaz de capitalizar la fuerza alcanzada en los cambios que buscaba, el PCCh había adquirido una nueva experiencia: participar en un gobierno. Esto, además del crecimiento exponencial, el PCCh -según Barnard- había llegado en condiciones distintas a su segundo periodo de clandestinidad, sin desertiones y unidos, por lo mismo, la nueva etapa la enfrentaría: “con una moral en alto y determinado a sobrevivir y a continuar la lucha por los cambios en Chile” (p. 249).

Tras este análisis, nos volvemos a preguntar ¿cuál es la vigencia del libro de Barnard cuarenta años después? En primer lugar, cabe destacar que el texto es hasta ahora la revisión más profunda y sistemática de fuentes sobre el PCCh del periodo entre 1922 y 1947. Hasta la actualidad no existe ningún

trabajo historiográfico que, por un lado, haya abordado dicho periodo en su totalidad y/o, por otro, haya superado dimensiones parciales del desarrollo comunista. Incluso, algo que puede parecer anecdótico, pero lo puede convertir en un libro invaluable: Barnard tuvo la suerte de poder acceder, además de revisar las fuentes disponibles en archivo, a la sistematización de una serie de fuentes que hacia 1973 el PCCh realizaba en el Museo Luis Emilio Recabarren. La inexistencia de este espacio, que al parecer contaba con fuentes internas, cartas y discusiones entre los dirigentes de la colectividad que hoy no están disponibles, hacen del texto de Barnard un trabajo que tendrá que revisarse, incluso como mera referencia de esas fuentes.

Un segundo elemento a rescatar, es que este trabajo es uno de los pocos que han integrado en su investigación dos décadas de historia del comunismo. En efecto, además de los trabajadores de Rolando Álvarez, Carmelo Furci y Sergio Grez, todos en periodos distintos, Barnard indaga en un largo y fundamental periodo -siguiendo a Angelo Panebianco- como son las etapas fundacionales de los partidos. Estudios como este permiten cambiar la perspectiva sobre procesos tales como la formación de los partidos e indagar, en este caso, en la llamada bolchevización del PCCh desde una óptica de largo plazo. Tales enfoques permiten reproblematicar tales fenómenos e ir más allá de hechos, coyunturas y

personajes puntuales, para situarse en procesos más complejos y profundos, como las prácticas de dirigentes intermedios o de base, las diferencias en distintas localidades, etc., intentando ver las composiciones más complejas de las culturas políticas partidarias, en este caso, la comunista.

Siguiendo esto último, para finalizar, se debe destacar su intento por conectar el desarrollo de un partido político, en este caso del PCCh, con dinámicas que van más allá de su quehacer interno. El libro de Barnard tiene el valor de ver a esta colectividad en distintos niveles: además de su relación con la política internacional y nacional, son permanentes sus vínculos con sectores sociales claves (los trabajadores) y su impacto en torno al desarrollo interno. Esta óptica adecuada no puede soslayarse, más cuando en los últimos años los análisis de los partidos políticos se han enfocado en sus derroteros internos, e incluso solo en los posicionamientos de sus elites intelectuales. Ver a los partidos políticos atravesados por una serie de niveles y tensionados por estos, es un elemento fundamental para realizar una historia política con lo social y cultural incluido.

Por todo lo anterior, a pesar de los años, la necesaria actualización bibliográfica sobre otras aristas y las profundizaciones que siempre pueden complementar un estudio tan globalizante, el libro de Andrew Barnard sigue estando vigente, en particular

para los investigadores de la izquierda y el comunismo chileno entre 1922 y 1947, que para rebatir al autor o indagar en aspectos no abordados por él, tendrán que retomar de todas formas este texto, más cuando se interna en un periodo todavía muy poco investigado por la renovada historiografía política chilena del siglo XXI.

JOSÉ IGNACIO PONCE LÓPEZ
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE
CHILE

